

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 26 Noviembre 1914.-Número 48.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 898
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La lámina de hoy

Y llegó la Muerte y le dijo al Kaiser:

«No puedo más. El cansancio me mata. Hace cuatro meses que no paro ni de día ni de noche, lo mismo en tierra, que sobre las aguas, que bajo las aguas, que en el aire.

En mi vida me he visto tan atareada. Se me ha impuesto una agravación de trabajo horrible. Mi brazo se cansa de esgrimir la guadaña... Mírala como está; mellada por todas partes. ¡Y sin tiempo de aflarla!

¡Es un horror esto! Las fuerzas me faltan, aunque mi voluntad no desmaye... Temiendo estoy que llegue un instante en que tenga que rendirme. Esta idea me horripila. Equivaldría á deshonrarme.

¡Si al menos me concedieran un ayudante!... El verdugo es, y tiene dos. Pero, nada; yo sola para todo. ¡Para matar sanos, para rematar heridos, para despachar enfermos!...

¡Y si fuera en un sitio únicamente! Mas ¡ay! es en muchos á la vez. Estoy ocupada en Bélgica, y me llaman de Francia; en Rusia, y me avisan de Austria; en Servia, y me telegrafían de Asia ó de Turquía... Si no tuviese el don de la ubicuidad, no sé cómo iba á arreglármelas para complacer á todos...

Y todos me exigen lo mismo: que no deje en pie á ninguno de sus contrarios. Esto me obliga á andar de acá para allá, matando atropelladamente, vertiginosamente... Y así no es posible hacer labor á conciencia... Lo repito: el exceso de tarea me

aniquila, y milagro será que no acabe conmigo. Si ya no descansaba con mi tarea ordinaria ¿qué no me ocurrirá ahora?

En ninguna guerra desde que el mundo es mundo tuve tanto que hacer... Esas máquinas horribles son mi pesadilla... ¡Más! ¡más!, me gritan á coro fusiles, cañones, ametralladoras, obuses, granadas, minas, submarinos, torpederos, cruceros, aeroplanos, zeppelines... ¡Hiere, destroza, desmorona, desmenuza, pulveriza!

Por eso acudó á tí, que eres el más exigente, para rogarte ¡olé Kaiser!, que hagas cuanto en tu mano esté para proporcionarme algún descanso. Si no por la raza humana, por mí, ¡Piedad! ¡Piedad!...

¡Qué felices son los que pueden suicidarse! Ellos descansan.

¡Me voy horrorizando de mí misma! ¡Piedad!... ¡Piedad!

Calló la Muerte un momento, aguardando la respuesta del Kaiser, que permaneció silencioso.

Las hondas herzianas comenzaron á hacer llegar á oídos de la Muerte los imperiosos llamamientos que le hacían desde cien puntos diversos, y salió para todos á paso de electricidad, sin volver ni una sola vez la cabeza para ver si el Kaiser le indicaba por señas que dejaba un leve resquicio á su esperanza.

El patriotismo

Como hemos venido tan á menos, los españoles nos admiramos hoy de pensamientos que tuvimos antes que nadie, de sentimientos que expresamos antes que ninguno de actos que ejecutamos antes que todos.

Ahora nos ha dado por encarecer el patriotismo y el valor de las naciones que guerrean, de Alemania especialmente, olvidándonos del que nosotros sentimos y derrochamos por ahora hace un siglo.

¿Que los alemanes han demostrado su patriotismo durante cuarenta años, haciendo sacrificios inmensos para poner á su ejército en condiciones de admirar al mundo?

¿Que al declararse la guerra todos los partidos, aún el que debió oponerse á ella, el socialista, se pusieron entusiasmados á las órdenes del Kaiser, que los llamó en nombre de la patria?

¿Que hoy se baten heroicamente, lo mismo en tierra, que en el mar, que en el espacio?

¿Que ni el obrero, ni el comerciante, ni el artista, ni el sabio dudan del triunfo de Alemania, y coadyuvan á que lo alcance?

Todo eso es cierto, y quien lo negase, pecaría de apasionado.

¿Pero obra así el pueblo alemán por verdadero patriotismo, ó por la confianza ciega que tiene en que no pueda ser vencida nación que ha acumulado los poderosos elementos destructores que ella?

Hay un hecho que autoriza para preguntar esto: el que, cual si temiese que el patriotismo se enfriara al enterarse los alemanes de que el triunfo pueden alcanzarlo los contrarios, aquel gobierno oculta los reverses y exagera los éxitos, cuando no los inventa. El que lo hagan los demás también, no puede servir de justificación á Alemania. ¿Acaso no se jacta de ser un pueblo aparte y superior á todos?

Para patriotismo y para valor, el nuestro; mejor dicho, el de nuestros abuelos. En lucha con Napoleón, que valía militarmente por cien Kaisers, ellos se crecían á cada derrota, y cada nuevo revés les servía de acicate é incentivo. No iban á la lucha engañados, porque no se les ocultaban las derrotas ni se les exageraban los triunfos. Verdad es que tuvieron un general que no tienen los alemanes: el general *No importa*, y que no luchaban ni por adquirir mercados ni por conservarlos, ni por acaparar hegemonías, ni por mantenerlas; luchaban por su independencia; patriotismo puro, ajeno á todo cálculo, cerrado á todo interés.

Por esto, porque sólo aspiraban á arrojar de nuestro suelo á quienes lo profanaban, no tuvieron que fingir éxitos ni ocultar fracasos para que el espíritu público no decayese; y por esto triunfamos, y por esto son unos degenerados los españoles que admiran el patriotismo de las naciones que guerrean, especialmente el de los alemanes.

Si el gobierno alemán estuviera seguro de que el patriotismo de su nación no había de enfriarse ante los fracasos, ni los ocultaría, ni los presentara como triunfos, ni hubiera tampoco llevado engañadas sus tropas á Bélgica, ofreciéndoles la entrada en París á los pocos días.

A un pueblo verdaderamente pa-

triotista, debía habersele hablado así: «Estamos en guerra con Bélgica, Francia, Inglaterra y Rusia. ¡Vamos a triunfar de todo!»

¡Pero ocultar la verdad!.. ¡Pero mentir antes y después!.. Eso es confesar que el patriotismo alemán no radica en los pechos, sino en los cañones, en los obuses, en los zeppelinos, en los submarinos...

JOSÉ NAKENS

El alma de la guerra

Al margen del Libro Blanco de Inglaterra.

Se está viendo la guerra con sus furias desatadas sobre la tierra, convirtiéndola en morada de demonios y en infierno más horrible que el que pudiera soñar el Dante.

En ella, según los que ostentan título de estadistas y de sociólogos, dentro de la devastación de monumentos, ciudades, campos y bosques; dentro de los castillos volados, de los ejércitos destruidos, de la ruina de los beligerantes y de la bancarrota de industrias y mercados, esconde una gran revolución política que modificará el mapa de las naciones europeas; una gran revolución moral que echará a pique las Escuelas que daban leyes y formas a los modernos Estados; una gran revolución de las dinastías, constituirá, por el azar de siglos propicios a las castas de los despotas dominadores de gentes y de pastores traficantes de hombres ganados y de pueblos rebaños. A'go más de lo que ven los ojos del cuerpo—dicen—está muriendo en esta guerra, algo viejo, caduco y apolillado, incapaz de reforma y solo transformable por el fuego: algo que estaba ya muerto para la vida de la humanidad y que pesaba sobre ella y vivía dentro de ella merced a la rutina supersticiosa del pasado, cáncer del presente y rémora del futuro.

Algo muy grande muere; es cierto. Grande es el estrago, grande el ruido de obuses, cañones y torpedos; grande el charco de sangre; grande el incendio. Todo ello queda simbolizado en el fuego y en el humo. La grandeza alemana, la magia de su sabiduría, el irrefragable impulso de su embate, la complicada red de sus cables... eso son y a esto se reducen: humo y fuego que devastan a Europa y en las cuales se consume el pueblo europeo.

Dicen si será la muerte del Fénix. De desear es que Europa, reducida a cenizas, aproveche la última chispa del rescoldo en ellas «culto, para engendrar una Europa no imaginable todavía, que no fie al terror la razón de su existencia en la tierra, ni establezca sobre la fuerza brutal

de aviones, sumergibles, acorazados y cañones, el dominio que haya de ejercer en los corazones de los pueblos.

Pero, sea lo que fuese del todavía nebuloso Porvenir; sea, en la marcha de la humanidad, un gran bien esta guerra, como toda lección sangrienta é inolvidable, lo cierto es que para el presente es un gran mal según á coro lo lamenta el mundo.

Este mal, para unos es una fatalidad de torbellino que los ha envuelto y arrastrado á la guerra: para otros, es acto deliberado de la voluntad: acción preparada y premeditada; de origen remoto en lo pasado y de finalidad remota para lo porvenir, entre los cuales origen y fin, la guerra actual es un simple eslabón de la cadena.

Unos son llevados á la guerra: la guerra es llevada por los otros.

Ahí está *el alma de la guerra*: alma que se define por sus actos, alma horrible, en cuyos éxtasis, visiones, cálculos y meditaciones, aparecían ya con toda realidad y vividez los estragos que los demás no sospecharon y que ahora sorprenden con estupefacción al mundo.

Esta alma (por así llamarla), ponía el esfuerzo de toda su inteligencia en resucitar del pasado las leyendas de las guerras, poniendo á tributación la Arqueología y la Historia, viniendo, por ejemplo, á España á reconstituir la epopeya de Numancia, para aprender en ella los ardidés del ataque y de la defensa, la estrategia del asediado y la arremetida del sitiador. De cada epopeya sacaba una lección, con lo cual los genios militares del pasado venían á ilustrar con sus victorias ó fracasos, la nueva ciencia experimental.

Mientras de las ciencias históricas extraía ejemplos causísticos, las ciencias modernas, químicas, físicas y matemáticas; la mecánica y la ingeniería; la náutica como la aerostática, pagábanle tributo involuntario con sus inventos. *Todo para la guerra*. El alma de la guerra miraba el mundo á través del cristal de la guerra. Los sabios, en sus gabinetes, entregados á profundas investigaciones para el bien y progreso humanos, eran atraídos al servicio de aquella alma atenta al movimiento mundial de la ciencia, para aplicar y adaptar á la guerra los nuevos adelantos. Así los grandes genios bienhechores de la Humanidad, así Mongolfier, Edison, Wright, Marconi y Turpin, han venido á ser, contra su voluntad, los grandes malhechores, los diabólicos aliados del alma nefasta.

La Geografía, la Topografía, la geología, no se libraron de este lazo. Los mapas marítimos que los exploradores dieran al navegante para salvar el escollo, eran aprovechados

por el alma aquella para hacer del escollo su auxiliar.

El geólogo y el topógrafo que cruzaban selvas y estudiaban abismos en busca de sendas nuevas y de nuevos seres, venían á servir de guías inconscientes del espía.

La etnografía y la sociología, servían al alma de la guerra para apreciar y calcular el valor militar de los pueblos, de los países y de los partidos.

Y esta alma guerrera, académica y universitaria, creó la escuela que había de consagrarla y santificarla: la filosofía política que la enaltecía como esencia única de las naciones, como nervio de los Estados, como energía espiritual causante de la vida. Fué erigida diosa máxima y suprema, indiscutible, inviolable y adorable si empre en todos sus atributos. Dudar de ella, era atrocidad, regatearle sus pretensiones, era hurtarle lo debido.

Y como si no bastase la sanción filosófica y moral de sabios y doctores, buscósele la unción religiosa y la bendición teológica.

La guerra es justa—dijose—y es santa: la guerra es divina.

Y así redondeada la «conciencia» del alma de la guerra, preparóse á actuar con la sabiduría del pasado, con la circunspección del presente y con la previsión del futuro.

Cuando á vista del actual inmenso estrago el hombre se pregunte cuál sea la razón de la guerra, no hallará más que esta: «la voluntad del alma guerrera que creyó llegado el plazo improrrogable.»

En Criminología la misma ley aplicable al individuo es aplicable al Estado; la guerra ha sido un caso de fuerza irresistible.

Esta fuerza irresistible, para los Estados pacifistas, ha venido de fuera; para los Estados de alma guerrera, estaba dentro, en su impulso inmanente.

En el Libro Blanco de Inglaterra, examina al primitivo conflicto, aparece de cuerpo entero la verdad.

No quería la guerra Serbia, cuyo gobierno respondió al ultimatum de Austria con humildad hasta la afrenta, allanándose previamente al arbitraje de las naciones que se eligieran.

Austria, que quiso la guerra con Serbia al principio, el 1.º de Agosto, cuando vió que de su conducta intransigente con Serbia pendía la amenaza de guerra inevitable con Rusia, se apresuraba á declarar á los gobiernos ruso y francés su disposición á no infringir los derechos soberanos ni territoriales de Serbia, única condición que imponía Rusia para ceder en su amenaza. (Documento 137).

Tampoco quería la guerra Rusia, la cual desde el principio al fin de

las negociaciones, se allanaba al propuesto arbitraje de las cuatro naciones.

Tampoco quería la guerra Francia, que sustentaba el criterio del arbitraje, y que, aun después de la movilización, para no cerrar la puerta á la esperanza de la paz, se obligaba á retener sus tropas á 10 kilómetros de la frontera alemana á fin de que no pudiese pretextarse la ruptura.

Mucho menos la quería Inglaterra, cuyo ministro, Mr. Grey, desde el primer momento, se constituyó en centinela y en apóstol de la paz, oponiéndose con sobrehumano esfuerzo y con asombrosa actividad á todo cuanto tendía á producir el choque.

Con luz meridiana aparecen en el *Libro Blanco* estos dos hechos:

1.º Ninguna de las naciones en guerra quiso la guerra, ni dejó de hacer grandes sacrificios para evitarla.

2.º Alemania quiso la guerra y se lanzó á ella con la precipitación de su impulso irresistible.

Esta *voluntad* no pudieron contenerla Inglaterra con sus indicaciones de prudente reserva y de amenaza contra el que violase el derecho de naciones neutrales. No pudieron contenerla Francia y Rusia, con la pública alianza de antes pactada. No la pudo contener Austria, cediendo en el último momento al arbitraje. No la pudo contener Servia allanándose desde el principio á verse herida en su soberanía, al arbitraje europeo.

Todas las naciones, al fin, se sometían al arbitraje, menos Alemania. Esta *pudo y no quiso*, evitar el choque entre Austria y Servia. *Pudo y no quiso*, localizar la guerra entre Servia, Austria y Rusia, reduciéndola á cuestión balcánica. *Pudo y no quiso*, retener á Inglaterra alejada del conflicto con respetar á Luxemburgo y Bélgica. Ella estuvo libre de toda presión exterior hacia la guerra y hubo de vencer la presión de Europa en favor de la paz.

El espíritu de la guerra estaba en ella.

Ella la concibió, la cultivó y la produjo.

Cuanto se diga de provocaciones extrañas, son cábalas de la misma *voluntad*. Su dilema, puesto á Europa, fué este: ó perecer ó luchar.

S. PEY ORDEIX

Una necesidad

Un periódico clerical se escandaliza de que yo, *vil gusano* (así me llama), me haya atrevido á decir que me pongo al lado de Cristo para defenderle.

A lo que contesto:

No ha sido al lado de Cristo, sino de Jesús; que no es lo mismo. Mas

aun cuando hubiera sido al de Cristo, estaría justificado el atrevimiento de este *vil gusano*. Si puedo ofenderle, según me dicen la Iglesia y el Código Penal ¿cómo negarme el derecho de defenderle? Si para lo primero tengo personalidad bastante, ¿cómo ha de faltarme para lo segundo? Declárese que ningún hombre puede ofender á ningún Dios, diga lo que diga y haga lo que haga, y reconoceré humildemente mi pequeñez y condenaré mi osadía. Por lo que no paso, es porque se me considere pigmeo para defender á Cristo y gigante para ofenderle. O lo uno ó lo otro.

ARTICULO

BELICO-ADMINISTRATIVO

Las naciones actualmente en guerra están haciendo honor á aquello del tío Lucas en *El Diablo Mundo*:

«La verdad por las espaldas y el escribano que escriba»

Cuando cualquiera de ellas alcanza un éxito, exagera de tal modo sus proporciones, que la Verdad queda derrotada; y cuando sufre un tracasó, apela á la Mentira para encubrir su derrota; resultando en ambos casos que la Verdad no prevalece nunca.

Algo parecido hacemos los periodistas españoles, y supongo que los de todas partes: exagerar las altas y ocultar las bajas del periódico en que escribimos, puerilidad que se descubre tarde ó temprano.

Yo no he tenido nunca esa costumbre: cuando EL MOTIN ha tirado pocos números lo he dicho, lo mismo que cuando ha tirado muchos. Creo que he hecho mal, sobre todo en el primer caso. Se vive de apariencias más que de realidades. Los sastres saben esto bien: convierten en caballeros á muchos que luego no les pagan los trajes.

No aconsejo á nadie que siga mi ejemplo, pero continúo dándolo; y eso que miro ya á la Verdad con cierto miedo unas veces, y otras dudo hasta de que exista ni haya existido nunca, al menos en la forma que nos la pintan.

A esto tiende este preámbulo: á vestirla un poco, para evitarme el sonrojo de presentarla á mis lectores completamente desnuda.

Y ahora vamos por partes.

1.ª PARTE

EL MOTIN ha perdido en tres años 6 000 lectores. Este es el hecho. Que las causas sean unas ú otras, no hace al caso ahora. Ya hablaré cuando llegue el caso.

¿Que todos los periódicos, aun los que parecen más prósperos, andan hoy de cabeza, por los gastos no com-

pensados que les origina la guerra y por la subida del papel? Lo sé.

¿Que cómo viven entonces? Cada uno como puede. Pocos como debieran. Algunos no podrían confesar cómo viven.

EL MOTIN sí puede decirlo, porque no tuvo nunca más entradas que por suscripción y venta.

2.ª PARTE

Sin que nadie me lo pidiera, al ver que EL MOTIN tiraba 21.000 ejemplares al reanudar su publicación en 1908, dupliqué su tamaño á principios de 1909.

Subió hasta 22.000 y lo dí con caricaturas en primera plana, lo que no había ofrecido, desde 1.º de Enero de 1910.

Se mantuvo en la tirada esa, y agrandé la caricatura desde comienzos de 1911.

Pero comenzó á bajar, y me fué imposible introducir otras mejoras; en cambio, me encontré con mayores gastos y menores ingresos. Y pronto tuve que cubrir con lo que daban los libros lo que faltaba en el periódico.

Y así hubiera continuado, jugando al si alcanza no llega, sin la maldita ocurrencia de hacer catorce libros, (los que anuncié en Agosto último á mitad de precio), libros que poniendo uno con otro solamente á 500 pesetas de coste, se me llevaron 7.000. Yo me decía: «En último caso, dándolos más baratos, siempre sacaré lo que me han costado.»

Ahora he visto que me engañaba, pues he vendido pocos á mitad de precio.

3.ª PARTE

Para ver si evitaba lo que se me venía encima, escribí con fecha 21 de Octubre una carta á mi querido amigo José Brissa, relacionado literariamente con la Casa Editorial Maucci, de Barcelona. Le decía:

«Querido amigo Brissa: Los libros de EL MOTIN van vendiéndose á mitad de precio, pero lentamente. Y yo necesito cubrir compromisos en breve.

Y suponiendo que usted conocerá en esa á los libreros que se dedican al negocio de América, á usted acudo por si quiere hacerme el favor de ver si alguno compra los que van en la relación adjunta. Las muestras se las envió por este correo.

»Puede usted empezar por ofrecérselos con el sesenta por ciento de rebaja, y llegar al setenta y cinco en último extremo; de cuenta del comprador los gastos de transporte.

Excuso encarecer á usted las razones que me obligan á intentar esta operación... cesárea, en plazo perentorio. Prefiero quedarme sin nada, á molestar á ningún amigo.

¡Ah!, se me olvidaba.

Si alguno acepta mis proposiciones, queda desde luego autorizado para variar portadas y cubiertas, y poner los libros á la venta como si estuviesen editados por él. Esto en el caso de que no quiera que lleven la etiqueta de EL MOTIN. El coste de esta reforma es insignificante.»

Y me contestó Brissa con fecha 28:

«Mi querido amigo don José: Hasta ahora mis gestiones han sido infructuosas para colocar su partida de libros. Los comisionistas no se deciden por la dificultad que ahora hay para negociar con América, con motivo de la guerra. En otras circunstancias, el mismo Maucci, así me lo dice, se hubiera quedado con la partida. De todos modos, aún espero contestación de alguno y si fuera favorable, por telefonema le avisaría. De no recibir, pues, otro aviso antes del 31, es que no encuentro comprador.»

También he probado otra solución, por mi propia iniciativa (así lo he hecho constar) dirigiéndome á Portet, pero no se encuentra en Barcelona; y anteayer mismo le habrán escrito á Inglaterra, donde se halla, á ver si él quiere quedarse con los libros para incorporarlos al catálogo de la Escuela Moderna, cambiándoles las portadas. De modo que ya le avisaré lo que decida, en cuanto me avisen á mí. No quisiera haber cometido una indiscreción.»

La contestación de Portet á la proposición de Brissa fué la que se transmite en la siguiente carta fecha 9 de Noviembre:

Sr. D. José Brissa.

Muy señor mío: En carta que he recibido hoy del Sr. Portet, me encarga transmita á usted lo siguiente con referencia á los libros del señor Nakens.

Lo que de momento esta Casa podría hacer, sería aceptar *vender dichos libros en comisión al 75 por 100*, abonándole el importe de los libros vendidos cada fin de mes.

Cumplido el encargo, me complazco en ofrecerme de usted atento y s. s., S. Meseguer.

Al recibir esa carta me dije:

«Malo se pone esto. Y no estando ya para vivir en zozobra continua preocupándome cada semana de cómo me las arreglaré en la siguiente, será preciso pensar en lo que voy á hacer.»

Y después de darle vueltas y vueltas al asunto, creo que lo mejor sería volver á publicar EL MOTIN en el tamaño que tenía en 1908, aunque en la forma actual y conservando la caricatura.

No estoy decidido aun, pero lo anuncio con tiempo, por si acaso, para que los suscriptores que no estén conformes, dejen de renovar en

Diciembre su suscripción para el año próximo, *por si acaso*.

Me agradaría no verme obligado á apelar á ese medio. ¿Pero qué hacerle, si no encuentro otra solución? De seguro que nadie lo sentirá tanto como yo. Pero cuando no se puede avanzar ni conservar la posición conquistada, hay que retroceder. Celebraría que les ocurriese esto á los alemanes en plazo breve.

4.ª PARTE

Claro que si ese caso llegare, EL MOTIN no variaría en nada.

Seguiría defendiendo sólo la plaza fuerte del anticlericalismo, sitiada ya, esperando que viniesen á socorrerla los que tienen el deber de hacerlo. Si tuviera que evacuarla, me retiraría á la trinchera más próxima; y si en ésta no pudiera sostenerme, á la que le siguiera; y así sucesivamente. Emplearía el fusil cuando no pudiera utilizar el cañón; apelaría á la bayoneta cuando no pudiese emplear el fusil; me batiría á brazo partido si se mellaba la bayoneta; todo, menos entregarme mientras estuviera en pie.

Más claro. Si EL MOTIN no pudiera seguir publicándose en 16 páginas por continuar desertando sus lectores, se publicaría en ocho. ¿Que mañana no podía ni en ocho? En cuatro. ¿Que ni en cuatro? En dos. Eso sí; mientras menos páginas tuviera, más cuidado pondría yo en llenarlas bien. Cuando hay pocos cartuchos es cuando debe afinarse la puntería.

5.ª PARTE

Al anunciar los libros á precios reducidos, olvídeme adrede de los cuatro tomos que estaba confeccionando, impresos en papel especial, y que se titulan:

TROZOS DE MI VIDA.
YO, HABLANDO DE MI.
CLERICALISMO EN SOLFA.
EN SERIO Y EN BROMA.

El último está aún sin terminar, y la tirada de cada uno es de mil ejemplares, y el precio dos pesetas.

Los reservaba por si me veía en un nuevo atranco, pero que sigan la suerte de los demás hasta fin de año, en que restableceré los precios de cubierta. *Definitivamente y resulte lo que resulte*. No quiero alargar más el plazo. Me parecería á esos que anuncian liquidaciones de telas por quince días y las mantienen años y años.

6.ª PARTE

Hay en todo lo anteriormente relatado en estilo de broma-seria, algo que favorece poco á los republicanos, especialmente á los que se las echan de librepensadores.

Creo, modestias á un lado, que EL MOTIN merece la pena de ser leído,

por la propaganda anticlerical que viene haciendo treinta y tres años há. Que levante el dedo el que la haya hecho más constante y más extensa: libros, folletos, láminas, postales, hojitas... Todo lo que hacen los clericales para combatirnos sin reparar en sacrificios.

7.ª PARTE

¿Que muchas bajas le han venido y le vienen á EL MOTIN por haber combatido á los fetiches que el pueblo adora? Cierto. Mas la prueba de que he debido combatirlos, la hallará todo el que se fije en la situación que nos encontramos. El partido republicano, que fué para España una esperanza y una garantía, hoy no es ya para muchos ni una cosa ni otra. ¿Que han hecho, pues, los que han estado á su frente? Unos, ayudar desde nuestro campo á los monárquicos; otros, ayudarse ellos; otros, pasarse á la monarquía; otros, poner sordina á sus trompetazos revolucionarios. Si por sus obras hay que juzgar á los hombres, y tales son las obras de esos, ¿podía ni debía yo, por no perder lectores, callar lo que de ellos pensaba? Mal me conoce quien tal piense.

¿Que no me queje entonces de que EL MOTIN haya bajado? ¡Pero si no me quejo! Lo que hago es decirlo, para ver si le ahorro al partido la vergüenza de que muera EL MOTIN viviendo yo. Por que lo sería para él; no para mí.

¿Que si llevo mi presunción hasta suponer que cuando yo falte va á quedar huérfano de algo el partido republicano? Ni por asomo. Me he reído siempre de la teoría de los hombres necesarios. Opino en esto como el franciscano aquel que le dijo á su prior, al verle preocupado por la suerte de la comunidad cuando él muriese:

«Se murió nuestro padre San Francisco, y maldita la falta que nos hace.»

Lo que sí creo, es que quizás tarde algún tiempo en aparecer otro mentecato incurable, que se pase la vida arrinconado, viviendo al día unas veces y al minuto otras, rehuendo exhibiciones, rechazando cargos, laborando siempre á plena luz, y todo esto sobrándole condiciones para codearse con los más altos. Sí, tardará algún tiempo en aparecer otro tonto de mi vitola, á pesar de que la clase de tontos abunda, según este que llaman epigrama, sin serlo:

— ¿Cuántos tontos cría Dios?

— Nacen al minuto ochenta, y mueren al año dos:

conque ajuste usted la cuenta.

¿Pero á qué insistir en esto? El verme obligado á escribir este artículo, ¿no es la mejor prueba de que he sido un majadero toda mi vida?

8.^a PARTE

Allá por Octubre me escribió desde Valencia un amigo cuyo nombre no cito por si no le agradare, y que era de los que no necesitaban ofrecérsese para que yo supiera que podía contar con él. Me decía en la carta:

«Haría usted muy mal, pero muy mal, en no recurrir á los amigos incondicionales en todo cuanto pueda necesitar. Si no se recurre á ellos, ¿á quién se ha de recurrir? Está usted autorizado para en todas cuantas ocasiones necesite de algun auxilio, sea poco ó mucho, acudir á ellos. En cuanto á mí corresponde, sentiría que usted no lo hiciera por delicadeza, porque sé cómo las gasta usted, y crea que entonces sí que me dolería yo de su proceder. Pensaría que no me consideraba usted lo bastante amigo suyo para disponer de cuanto yo pueda desprenderme, para todo lo que sea preciso y usted necesite. Vamos quedando ya muy pocos que sean de veras anticlericales, y sinceramente republicanos como deben serlo, no como se usan ahora.»

A esa carta contesté con la siguiente:

«Querido amigo: Mi agradecimiento hacia usted no tiene límites. Es usted el único que se me ha ofrecido en esta ocasión.»

»Los libros anunciados á mitad de precio se van vendiendo, pero muy lentamente, y mis compromisos son perentorios. Para ver si salgo de ellos, con esta fecha encargo á un amigo de Barcelona que vea á los libreros que allí hacen el negocio en América, por si quieren tomar me 24.000 tomos de á peseta, aunque sea á 25 céntimos.

»Si esto no me diera resultado, ¿qué sé yo?, quizás me atreviese á acudir á los amigos antiguos, (pocos ya en número como dice usted muy bien), para ver si podían ayudarme en mi propaganda.

»En fin, allá veremos.»

9.^a PARTE

Y como el *ya veremos* lo he visto ya, comparezco y digo:

A los amigos que en diversas ocasiones se me ofrecieron, lo siguiente:

«Llegó la ocasión.»

Y á los suscriptores:

«Vean ustedes si pueden hacer que otros correligionarios, se suscriban á EL MOTIN, y búsqüenme corresponsales donde no los haya.»

Y á los demás lectores:

«Extiendan ustedes la propaganda del periódico, ya que, por el hecho de seguir leyéndolo, demuestran que están completamente identificados conmigo; conmigo que nada puedo darles, sino la seguridad de que moriré como he vivido, siendo

fiel á este lema: «Ni santos arriba ni santones abajo.»

JOSÉ NAKENS

D. Nicolás Estévez

Notas de un discurso que no se pronunció.

Honrar la memoria de D. Nicolás Estévez con una velada político-oratoria, con una solemnidad académica, equivale á la celebración de sufragios, de misas de cabo de año ó de *requiem* por el alma, la salvación eterna del abate Marchena, de Roberto Robert ó de Suñer y Capdevila. No es reproche para los queridos amigos organizadores de la velada necrológica celebrada en el Centro Federal de Madrid; tampoco es disculpa de mi ausencia; es sólo una reflexión sugerida por el recuerdo del paternal amigo, al que conocí desde niño y quise mucho de joven y de hombre. Cada vez le admiraba más. Era bueno, muy bueno; su bondad, su virtud, no era seca, dogmática, austera, sino innata, espontánea; le ocurría lo que á las mujeres hermosas que ignoran su belleza ó aparentan con supremo arte ignorarla. No hay nada más insoporable que el narcisismo, á no ser la austeridad dogmática, vanagloriada de sí misma. A la hermosa enamorada de sí misma es preferible una fea y al virtuoso moralizador un pícaro redomado y hasta un salteador de caminos. Estévez era un dechado de bondades. El Benot, D. Antonio Sánchez Pérez y Fermín Salvoechea son los hombres más buenos que he conocido. El santoral está lleno de santos de menos santidad que esos cuatro evangelistas de la virtud sencilla, graciosa, tan natural en esos insignes varones como el color de sus ojos ó el tono de su voz. Pi y Margall, probo, austero, ejemplar, distingüiase de Benot, Estévez, Salvoechea y Sánchez Pérez, amigos suyos los cuatro, únicamente en que carecía de la gracia, de la bondad omnimoda que todo lo perdonaba, peculiar en los cuatro insignes federales citados, correligionarios de Pi y Margall todos ellos, pues Fermín Salvoechea fué también federal antes de avanzar al anarquismo, donde ideológicamente le acompañaron su paisano Benot, su jefe Pi y su compañero Estévez. De los krausistas—núcleo, pléyades de sabios y de novelistas morales—puede decirse, sin ánimo de burla, que eran virtuosos por principios. No es que no les saliera de dentro (como dice el vulgo muy expresivamente) el ser buenos; es que teorizaban sobre la virtud hasta hacerla un tanto enfadosa, como acontece con toda lección severa, rigurosa, dada desde el

púlpito ó desde la cátedra. De los krausistas hay dos, con haber sido todos (Sanz del Río, Tapia, Quevedo, Linares, Castro, Sales y Ferré, Salmerón, González Serrano, Chamorro, etc., etc.) modelos de virtudes cívicas y privadas, que pueden constituir con los cuatro evangelistas la media docena de los virtuosos inocentes de su virtud; son esos dos krausistas Alfredo Calderón y don Francisco Giner de los Ríos, el único que vive de todos esos hombres insignes por su ciencia y por su conciencia, ejemplares admirables de una humanidad que parece desde el 2 de Agosto detenida en su evolución progresiva. He aludido á la guerra. En la guerra pensaba, de la guerra escribía el malogrado Estévez días, horas antes de morir.

¿Malogrado? ¿Se puede llamar malogrado á quien ha vivido más de setenta y cuatro años? Sí; hombres como Estévez se malogran así mueran á los noventa años, como el Ticiano; así vivan más que Matusalem, que no vivió tanto cuanto el emperador de Austria-Hungría, al que nadie aplicará el calificativo que motiva esta digresión cuando se muera, si es que es mortal Francisco José. Decía Voltaire que el café, de ser venenoso, sería un veneno muy lento, pues él, abusando de la aromática planta, había llegado á la senectud. Parodiándole, puede decir el emperador Francisco José que las penas, en vez de matar, prolongan la vida. La desgracia ha abusado del anciano monarca, y ahí está sobreviviendo á su hijo Rodolfo, á su esposa Isabel, á su hermano Otón, á su sobrino Fernando y, si la guerra se prolonga, sobreviviendo á Europa. Se malogra toda existencia pura y cariñosa, todo espíritu capaz de realizar bellezas ó de quitar velos á la verdad. Tolstoi fué un malogrado. ¿Quién, ante la guerra, no ha echado de menos una página del pensador ruso?

En *El País* dejó Estévez sus últimos escritos, anteriores á la irrupción de los alemanes y á la batalla del Marne, pues falleció el 19 del pasado Agosto, la víspera de morir los papas blanco y negro, casualidad epigramática que no hubiera dejado de inspirar muy ocurrentes comentarios al espíritu sutil, burlón, sagaz, humorístico del llorado amigo. La muerte gusta de formar en su danza las más raras parejas.

Ha sido una desdicha que Estévez haya muerto antes del término de la guerra, porque hubiera tenido un gran valor literario, militar, político, ideológico é histórico el ir estudiando las varias impresiones que la guerra marcara en el complejo espíritu de este soñador y hombre de acción, de este escritor patriótico y amante del ejército, de este literato

y político, de este reflexivo ingenioso, de este militar caballeresco y humanitario, que rompió su espada por no haber podido evitar con ella el fusilamiento de los estudiantes habaneros por los voluntarios españoles, crimen menos criminal, con serlo mucho, que los perpetrados por la culta Alemania en Lieja, Lovaina, Malinas, Bruselas, en toda Bélgica.

Estévanez admiraba muy poco á Europa. La conocía. Nació en Canarias y se vanagloriaba de ser africano. Cuando leía ú oía hablar de europeización, botaba. «No nos europeicemos; africanicémonos cada vez más», escribía sencillo, ocurrente, profundo. Hasta que la guerra estalló rechazáramos amablemente esas chuscadas de don Nicolás. Ahora vemos que tenía razón, que no eran chuscadas, sino muy hondas reflexiones las suyas. Muchos años nos hemos pasado renegando de la frase «el Africa empieza en los Pirineos» y profiriendo invectivas sobre su autor. Ahora echamos de ver que nadie ha dedicado á España un tan pintoresco elogio, nadie, ni Castelar, como el mulato Alejandro Dumas. Ser europeo es desde el 2 de Agosto equivalente á no ser hombre, ni siquiera fiera, á ser alimaña (topo, comadreja, garuña, hurón), ave de rapiña (ouitre, milano, palomo ladrón) ó monstruo marino (tiburón, pez espada, pulpo), lo más sanguiinario y horrible de la fauna.

No pude ir á la velada necrológica en memoria del hombre que huí de todo lo solemne, ceremonioso, estirado, teatral; que no era orador, aunque sí elocuente; que rehuía todo lo que podía el perorar. No gustaba de la oratoria don Nicolás Estévanez, sí de conversar amistosamente en los rincones de los cafés solitarios, humildes. ¡Cuántas veces he gozado de las amenidades y exquisiteces de su charla en el café de Pombo ó en el del Prado! Pocos superaban en España á Estévanez en el arte de conversar. Se atusaba la perilla, cerraba incesantemente los párpados, como si molestara la luz á sus ojos de limpio azul, y hablaba, hablaba... Una anécdota, le sugería otra; las enzarzaba y casi formaba con ellas un libro de memorias. Pintaba con gracejo personas y lances. Tenía una reflexión aguda y original lo mismo para el suceso del día que para el remoto hecho histórico no bien desentrañado. Era delicioso y magistral, cual un filósofo helénico. Había visto mucho, viajado mucho, sufrido mucho y meditado más. Ninguno de sus libros puede compararse á su conversación, con haberlos dejado bellísimos, como *Fragmentos de mis Memorias*, y doctos

cual el *Compendio de Historia de la burocracia Española*.

En el rincón de un café escribo estas incongruencias. Es un diálogo roto por la muerte de uno de los conversadores; es algo equivalente á la flor que la costumbre piadosa deja sobre una tumba, á la comunicación del espiritista, á la oración del religioso... Tal vez haya entre mis lectores algunos v ojos republicanos que quisieron á Estévanez, que le comprendieron, que le adivinaron.

ROBERTO CASTROVIDO

DUDAS

Voy ya dudando ¡y cuánto me duele confesarlo!, de dos cosas: de que las religiones positivas acaben, y de que la parte de bestia que existe en todo hombre desaparezca.

Estas dos ideas que se mezclan y se entrelazan y se confunden hasta el punto de formar una sola, me llevan á formular esta pregunta:

¿Es bestia el hombre por ser religioso, ó es religioso por ser bestia?

La actual guerra europea nos está demostrando que tal duda no es infundada.

Todos los que en ella intervienen son religiosos: católicos, protestantes, cismáticos ó mahometanos. Y de seguro no se destrozarían tan brutalmente si no profesasen religión ninguna.

¿Si consistirá en esto, en no tener ninguna, el que los lobos no se muerdan?

Será cosa de estudiar despacio este punto.

La caridad católica

«Por sus frutos los conoceréis».

(San Mateo, VII, 20)

La caridad católica española tiene cosas muy peregrinas; ahora le ha dado el naipe por las niñas belgas, porque han de ser niñas precisamente, y cuanto más sanas y bonitas mejor. Ya estamos en el secreto. Sólo un semanario francófilo de Madrid ha encontrado ya r fugio para *ciento diez y ochos*. A los niños huérfanos, enfermos, lisiados, etc, que los parta un rayo. Es lo mismo que acontece en las Oblatas, Trinitarias, Buen Pastor, Adoratrices, etc., si trata uno de colocar allí alguna chica descarriada; ha de ser bien parecida, fuerte, con cierto ángel y hasta les miran la dentadura, como á los caballos. ¿Por qué? La razón me la dió á mí cierta monja Adoratrix en Madrid, un día que acudía á su casa para que albergaran á una Venus barata arrepentida, que no era ninguna Ninon en verdad.

—Las mujeres bonitas son más peligrosas y pueden perder á muchas almas y por eso las preferimos. Las feas ya tienen buen cuidado los hombres de huir de ellas; son inofensivas.

—Pero, ¿y las almas?—le dije.—¿Es que ante Dios no tienen todas el mismo valor, ó es que Cristo sólo vino á redimir á los guapos?

No supo qué contestarme y me dió con la puerta en las narices.

Eso lo estamos viendo todos los días en los centros clericales españoles y del mundo entero: un rostro agraciado, unos ojos como una noche, rasgados, soñadores, son la mejor recomendación.

Recuerdo que en cierta ocasión impetré yo el apoyo de cierta entidad barcelonesa en favor de un chico que se hallaba en situación muy aflictiva. Todo se volvían dificultado; por fin un día me dijo un empleado:

—Ya verá usted... ¡Es tan feo!...

—¡Ah! ¿Pero es que ustedes los dedican á modelos de vírgenes, como los niños napolitanos, ó los educan para Apolos?...

Sí, la caridad católica hispana necesita impulsos por el estilo para obrar; ahora se han puesto de moda los huérfanos belgas, á los cuales los que están obligados á socorrer, aunque sea quitándose el pan de la boca, son los franceses, pues por servirles de escudo protector está hoy en ruinas la nación belga. ¡A fe que no tenemos huérfanos en España que socorrer! Bien cerca tenemos á Marruecos, que es un plantío de huérfanos, y nadie se acuerda de ellos.

Todas las catástrofes nacionales de inundaciones, incendios de minas, muertes por accidentes, etcétera etc., están dejando niños en el arroyo, y nadie se acuerda, ni se compadece de ellos; pero, en cambio, las entrañas paternas y maternales vibran de ternura ante la perspectiva de una niña belga, rubia, coloradita, como un rollo de manteca, con ojos azules, bien limpi y muy cariñosa. ¡Ah, qué encanto de criatura! ¡Qué diferencia á estas huérfanas españolas, anémicas, escrofulosas, con los pulmoncitos roídos ya por la tuberculosis y con placas hereditarias sifilíticas!

¡Uf, qué asco!

Un solterón amigo mío, de esos que toman á diario litina, se tiñen el pelo y padecen albuminuria, me decía el otro día con mucho interés:

—¿Conoce usted al cónsul de Bélgica?

—¿Tiene usted que hacer alguna reclamación diplomática?

—Hombre, no; pero desearía adoptar á una huérfana belga de unos dieciocho años, rubia, metálica en carnes, con buena dentadura, labios finos y pie pequeño... Yo creo

que no habrá dificultad grande para ello... porque allí estarán ahora las huérfanas que no sabrán qué hacerse con ellas...

Por supuesto, esta crisis de ternura orfí linato-belga pasará, como pasarán otras muchas. No es que yo censure tales sentimientos caritativos (ne refiero á los sinceros, con buena intención) ni mucho menos, ¡no faltaría más! Pero, la verdad, teniendo en casa á tanto niño enfermo, hambriento, desnudo, sin abrigo de cuerpo ni de espíritu, mal nutrido, ex puesto á la corrupción moral, candi lato seguro á la tuberculosis y á la muerte por inanición, me parece muy fuera de lugar esta calentura de proteccionismo belga. Francia es muy grande y polerosa; Inglaterra es riquísima; lógicamente los huérfanos belgas deben ir á sus manos.

Los de casa quédense para nosotros y, después de que todos tengan pan, casa y abrigo, extendamos estos beneficios á los demás. Y, en fin, ya que nos es imposible impedir que cada uno haga lo que quiera, ¿por qué á nadie se le ha ocurrido recoger á los *viejis* belgas?...

FRAY GERUNDIO

La clase media intelectual

Es un talento singular el que se necesita para el medro, y claro está que no abundan las victorias. En las malicias del caudal queda prendido, como la mosca en telaraña. ¡Adiós alas! ¡Adiós alvedrío!

Todo un inmenso grupo batalla incesantemente para mantenerse a flote, y los naufragios abundan.

Cuando no es naufragio, es cosa peor: una cantidad enorme de esfuerzos para nadar, sin llegar nunca á la orilla. Rinde el cansancio y se hace difícil arribar á una ni otra playa.

Abogados, notarios, curiales, médicos, ingenieros, pequeños comerciantes, empleados, etc., pululan que es un dolor. El rancio pergamino cedió plaza al moderno diploma. Esas profesiones liberales forman el proletariado de levita. Saben, como decía cierta vez en un hermoso artículo M. Hanotaux, lo que es la penuria, la miseria y la ruina. Y añadía brillantemente: «El doctorado para todo el mundo es la experiencia, ó mejor dicho, la ignorancia generalizada.»

La generación de demócratas del 93 creó una generación de *universitarios*. Se engendraba una aristocracia intelectual que había de acabar, como la otra, en parasitaria y perturbadora.

¡Qué orgullo, para esa clase me-

dia, el privar mediante la obtención del título académico! ¡Qué conquista, poder aspirar á los altos puestos de la representación nacional! ¡Qué delicia, figurar en la sociedad con tonos diplomados de suficiencia! Mas, todo esto, ¿á qué costa?...

La nobleza de antaño era cínica. La clase media de hoy es más cursi que en ningún tiempo. Se situó tan mal como supo. No le alcanzan las reivindicaciones de abajo, ni apenas obtiene la consideración de arriba. El nacimiento ó la aspiración colocanla en un arrecife.

Parace lazo de unión, y es estorbo. Tiene el legítimo orgullo del valer, pero carece de coloración. En términos vulgares representa el *ni fu ni fa*.

¿Es independiente? Sí. Pero no emancipada. No conoce al burgués. Pero conoce á menudo el hambre. Su vida es una serie de tanteos, y su inteligencia ha de ceder frecuentemente el paso á la habilidad, lo más insípido del mundo. En muchas ocasiones queda convertida en guiñapo social. Juguete de las circunstancias, llega á constituir una lepra, social ó moral, porque sus únicos recursos son: la política ó la dote.

En cuanto la dura práctica del vivir le impone uno de esos dos medios, cualquiera, moralmente se prostituye, pues resulta equivalente á una abdicación de ideales. Y entonces esa clase media, ese engendro de la petulancia, ese quero y no puedo extravagante, crea un positivismo de baja estofa, alimenta el logrerismo, tiende á arbitrar soluciones groseras, apela á argucias y sofismas, infesta los dominios de la integridad y llega á ser un engorro á derecha é izquierda.

Más que de excreción, es digna de lástima. Hay algo excelente en ese término impreciso de la colectividad; algo que suele caer arrollado por la soberbia de arriba, la necesidad del centro y el rencor de abajo.

De ese algo excelente suele salir el innovador, el redentor, el sembrador, etc.

No halla terreno propicio. Todo lo más, fructificarán á la larga su ingenio, su altruísmo, sus ideas. La recompensa no la han de ver ellos jamás.

Esos no van tras la mujer rica, ni son políticos profesionales, ni comerciantes, ni nada. Esos mueren oscuros. Son seres *larvales*; su obra es la que, si acaso, revive. Nada más.

Y mueren habiendo sentido, llorado y creado.

Mueren en silencio, á veces en un estudio, otras en un laboratorio, otras en una biblioteca, etc., etc.

Sus vidas son problemas sociológicos que nadie se cuida de estudiar.

Si pasaron estrechez, no les alcanzó el socorro oficial; si fueron ultra-

jados, no les auxilió el compañerismo; si padecieron injusticia, nadie se fijó.

No tuvieron las manos callosas. Pero destilaron sangre del cerebro. Ni horas de trabajo, ni *minimum* de jornal, ni protección en caso de accidente, ni seguro contra el paro, ni invalidez, ni nada.

Mueren, y á derecha é izquierda cunde el asombro... ¡No dejan ni para el entierro!..

Antes hubimos de mentar lo ridículamente trágico.

¿Queréis tragedia más ridícula?

Por esto impone. Por esto el verdadero sociólogo pone gesto avinagrado cada vez que compara la conquista famosa de aquella clase media de 1789 con las conquistas sabrosas de nuestra clase media actual.

Y compadece á los héroes anónimos, y á las eternas víctimas.

SEBASTIÁN GOMILA

Del libro *La Epopeya de los átomos*.

La paz inmediata

El Papa ha publicado su anunciada encíclica sobre la situación actual. Dice en ella que al subir á la Silla de San Pedro sintió, primero, un gran dolor, pero que luego se alegró mucho.

Le dolió encontrarse con las naciones en guerra, y se alegró del estado en que su antecesor le transmitió la Iglesia.

El Papa cree que hemos llegado á la lucha actual por las siguientes causas: falta de amor mútuo y sincero entre los hombres; menosprecio de la autoridad; injusticia en las relaciones entre las diferentes clases ciudadanas, y ser el bien material el único objeto de la actividad del hombre. Después invita á los obispos á colaborar con él, y ruega á los católicos que en vez de discutir se ocupen en practicar las buenas obras.

Concluye haciendo votos por la paz. paz para las naciones y para la Iglesia, y aconseja á los fieles que se la pidan á Dios por intercesión de la Virgen.

Después de esta encíclica no puede la guerra durar ni ocho días, á menos que Dios y la Virgen hagan del Papa y los católicos el mismo caso que un servidor.

Abramos el pecho á la esperanza y los bolsillos al clero.

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS, MONSERRAT, 7.—MADRID.

EL MOTIN



(En la plana primera se explica.)

ALEMANIA Y SAN IGNACIO

(CONCLUSIÓN)

CUADRO V

RELIGIÓN DE ZORRAS, BÁRBAROS
ASESINOS Y SACRÍLEGOS

»Y tienen los herejes de diversas sectas un odio tan extraño unos contra otros, y hícense tan cruel guerra, que no se pueden concertar entre sí sino como las zorras de Sansón, juntando las colas para quemar y arruinar los panes y sustenio de la Iglesia católica. No se han contentado con enseñar sus diabólicos errores y desvaríos, y con la pomzoña de su doctrina inflecionar y matar las ánimas, sino que también con su crueldad y violencia han quitado la vida corporal á muchos, á quien no podían quitar la eterna. A perlados santos, á frailes perfetísimos, á sacerdotes sagrados, á monjas religiosísimas, á doncellas honestas y delicadas, á niños inocentes, á viejos por su edad y canas venerables, han perseguido, despedazado y muerto con extraña cruera, y con tan espantosos y nuevos géneros de tormentos, que los que usaron Diocleciano y Maximiano, y otros sangrientos y fieros tiranos, para coronar nuestros santísimos y constantísimos mártires, apenas llegan á ellos. Lea quien quisiere las historias de nuestros tiempos, y hallarálas en lo que toca á lo que vamos tratando, llenas de lastimeros sucesos y de crueldades increíbles.

CUADRO VI

HORRORES, TERRORES Y FURORES

»A muchas doncellas castísimas después de haberlas afrentado, por no querer dejar la fe católica, han apretado los pechos entre las arcaas ó tórculos, para que con desapiadados dolores acabasen la vida. Gran número de sacerdotes y religiosos han sido muertos con violencia; unos enterrados vivos, otros despeñados, otros derrollados, otros cocidos ó asados vivos, otros traspasadas las cabezas con agudísimos clavos, otros pegando fuego á la pólvora que les habían echado en la boca abrasados y desmenuzados. ¿Quién creerá que á algunos católicos vivos les sacaron las entrañas, y les hicieron pesebres de sus caballos bravos, hinchendo el vientre de cebada, para que los comiesen y despedazasen? ¿Quién que hayan abierta á mujeres preñadas, y sacádoles las criaturas vivas, y dado con ellas en las duras piedras, ó en el fuego, ó espetándolas, y asándolas, con fuego manso, poco á poco? ¿Quién que hayan cortado las narices y orejas de los clérigos y ministros de Dios, y enclavádoles

en las cabezadas de sus caballos y traídolas por orden y oprobio de la orden sacerdotal, con grande braveza y denuesto? ¿Quién que hayan cortado sus miembros, y cocídoselos, y échoselos comer por fuerza á los religiosos viejos y venerables á quien los habían cortado?

CUADRO VII

INLENDIARIOS, SICARIOS É IMPÍOS

Pues estas y otras cosas como estas han hecho los calministas en Francia en nuestros días. Si parara en sola la frenta é injuria de los hombres esta furia infernal destos diabólicos predicadores, no fuera tan horrible y enpantosa como es; qero han puesto sus manos sacrílegas en los templos de Dios, en los cálices, en las vestiduras y vasos sagrados, en la pila del bautismo, en el óleo de la unción, en las reliquias de los santos, en el mismo Dios, con increíble desacato, escarnio y vilipendio. No se puede fácilmente creer las igtesias que han derribado y quemado, los monesterios que han asolado y saqueado, el vituperio y oprobio con que han ultrajado y hollado todos los ornamentos é instrumentos sagrados de la Iglesia, ni la impiedad y rabia con que han quemado y hecho polvos los cuerpos de los gloriosos, san Ireneo, san Hilario, san Martín obispo, santo Tomás cantuariense, san Buenaventura, san Aniano obispo de Orliens, y derramado y disipado sus santas reliquias

CUADRO VIII

ANARQUISTAS, DEMAGOGOS, ANTI-ESPAÑOLES

Aunque tras lo que habemos referida, todo lo demás es cifra, todavía ¿qué diré de los robos, latrocinios, desafueros, insultos, incendios, rapiñas, violencias y tiranías de estos ministros de Satanás, á innumerales personas particulares? ¿Qué de las rebsliones, alborotos, levantamientos comunidades y guerras que han sucedido en todos los reinos y provincias donde se ha emprendido y hullado cebo este fuego infernal? En Alemania se levantaron, siendo trompeta y despertador Lutero, los rústicos y labradores contra sus legítimos señores y príncipes, y mataron dellos cien mil rústicos, y derribaron y arruinaron más de doscientos castillos, fuerzas y monasterios en sola la provincia de Franconia.

CUADRO IX

GALÓFOBOS Y TRAIDORES

En el florentísimo reino de Francia, demás de la sangre que se ha derramado en tantas batallas, siendo vencedora á parte de los católicos, muchas veces han conjurado los herejes contra los reyes cristianísimos Francisco II y Carlos IX, y urdido

tales traiciones y tegido tales telas y engaños, que sin duda no se pudieran destejer, ni ellos escapar con la vida, si Nuestro Señor con ojos de piedad no hubiera mirado por aquel poderoso, nobilísimo y cristianísimo reino, é inclinándose á las lágrimas, suspiros y plegarias de tantas ánimas santas que en él hay. Y pasó tan adelante la desvergüenza y rebalión, que los hugonotes coronaron por rey á Ludovico Borbón, príncipe de Condé, su caudillo, el cual batió moneda de oro con esta letra: *Ludovicus XIII Dei gratia francorum Rex primus christianus*

CUADRO X

¡COMO AHORA!

»Y no se han contentado con revolver aquel reino, y ponerle en tan extremada confusión y miseria con los bandos y levantamientos que he dicho, pero han enviado embajadores al Turco, prometiéndoles sus fuerzas, y convidándole á promover guerra en Francia, España y Alemania, con las esperanzas de las alteraciones y alborotos que pensaban causar, y con las ayudas que le ofrecían; pero ellos son tales, que aun el Turco no los há querido oír, como á gente vil, desasosegada y turbadora de la paz y quietud de los reinos, y rebelde á su Dios y á su rey.»

Hasta aquí el jesuíta Rivadeneira apologista de San Ignacio.

Los germanos que él pintaba de ese modo, se ven hoy aplaudidos y ayudados por los jesuítas que tienen como un oráculo al P. Rivadeneira.

Lo que cuesta un cañonazo

Mr. Lestomat, miembro del Consejo Superior de la Navegación Marítima, ha publicado en un periódico francés un estudio acerca de lo que cuesta un cañonazo. Se trata principalmente de los cañones de grueso calibre.

Estos cañones sólo pueden disparar un número determinado de veces. El de 100 milímetros, por ejemplo, puede tirar 750 veces; el de 274 milímetros, 160 veces; el de 305 milímetros, 100 veces.

Para hacer el cálculo de lo que cuesta cada disparo es preciso añadir al precio del proyectil y de la carga una cantidad proporcional para la amortización de la pieza.

Los cañones de 305, de los acorazados, pesan 46.000 kilos y cuestan 50.000 francos. El precio de la carga de pólvora (100 kilos) y el del proyectil (338 kilos) asciende á 2.000 francos. A la amortización corresponden 3.333 francos más. Un disparo con un cañón de 305 milíme-

tros cuesta, por consiguiente, 5.333 francos.

El cañón de 274 milímetros pesa 20.000 kilos y cuesta 20.000 francos. El precio de la carga de pólvora (52 kilos) y del proyectil (25 kilos) se eleva á 270 francos. Corresponden á la amortización 210 francos. Total, 480 por disparo.

El cañón de 100 milímetros pesa 1.550 kilos y cuesta 30.000 francos. La carga (3 kilos 700) y el proyectil (14 kilos) cuestan 107 francos; la amortización, 40 francos. Total, 147 francos.

El precio de un disparo con cañones de pequeño calibre se eleva á 30 francos para los de 65 milímetros, á 12 francos para los de 47 y á 8 francos para los de 37.

Guerra de libertad

Cesen las plañideras. Callen los necios y los bellacos. Recitad las estrofas inflamadas de Hugo. Haga vibrar el aire la grandiosa «Marcha triunfal de Rubén Darío.

¡Canta, poeta, canta! La lucha rinde. La altiva cabeza se inclina sobre el pecho fatigado. La robusta diestra va no puede esgrimir el acero. La fuerte voluntad se dobla. La bandera cae sobre los hombros. El combate no cesa, y las energías se acaban. ¡Canta, poeta! ¡Que tus cantos lleven á la victoria al sagrado ejército!

Sobre el campo de batalla yacen ensangrentados los muertos. Oyense los lamentos de los heridos, de los valientes que agonizan en las tinieblas. En la tienda de campaña, en derredor de la lumbre, descansan los bravos que no pudo abatir el hierro enemigo. Son tantos los que faltan, que nadie osa contar los que quedan. La victoria fué cara. En los semblantes dibújase el horror de la espantosa carnicería. ¡Canta, poeta! ¡Canta la leyenda de los viejos héroes! Al romper el alba, será preciso reanudar la lucha. ¡Canta, poeta!

Canta la tristeza, la tristeza inmensa de esta gran lucha, la tristeza suprema de este crepúsculo sangriento, que es la muerte de una civilización, la hora postrera de una gran época de la Historia. Canta el dolor, el dolor universal, el dolor de los millones de víctimas, el dolor de las madres y de las novias. Canta la inquietud, la inquietud febril, angustiosa, de esta crisis en que tantas cosas grandes se tambalean; la inquietud horrible de esta aurora larga, inacabable, en que tantas almas pierden la fe en el nuevo día. Canta—magnífico, sobre la obra brutal de destrucción—el amor, el deseo creador de los mundos, el deseo inmortal que mantienes eternamente en-

cendido el fuego sagrado de la existencia. Canta el odio, el odio á la tiranía, á la esclavitud, á la noche siniestra en que se agitan los espectros sombríos del pasado, espectros de dioses de mitologías bárbaras, ávidos de cruentos sacrificios humanos. Canta los anhelos, las esperanzas de los que nacen á la vida entre el fragor del combate. Canta la ira, la indignación, la cólera de los que sufren, de los que se rebelan contra todos los fantasmas negros de la tradición. Canta la lucha, la lucha que salva, que redime.

Con tus cantos, poeta—aliento soberano de epopeya—, reanima á los que están á punto de fallecer. Ya la cabeza se alza soberbia sobre los hombros. Ya la potente diestra esgrime el acero con nuevo brío. Ya la bandera tremola á lo lejos, en lo alto, frente á la fortaleza enemiga. ¡Adelante! Sed vosotros, soldados, los viejos héroes de la leyenda.

¡Canta, poeta! Canta la justicia, el porvenir, el progreso. ¡Adelante! Adelante los ejércitos gloriosos que marchan, envueltos en una aureola de muerte trágica, á la conquista de la libertad y de la civilización.

JUAN PROUVAIRE

Aquellas mis oraciones

Un hombre que había dado muerte á dos hermanos subía blasfemando las gradas del patíbulo.

—Mira que vas á aparecer ahora mismo ante Dios—cuentan que le decía y le redecía un sacerdote.

Pero el asesino que había sido allá en sus tiempos seminarista, respondió al fin lúgubramente:

—¡Si Dios existiera habría detenido mi brazo!

Después de esta degollina horripilante—á la cual es muy posible y muy deseable que siga una revolución social—quizás algunos grandes fraticidas tengan que responder lo mismo:

—¡Si Dios existiera habría detenido nuestros brazos!

No debió de ser Dios aquel que dijo á gran voz: No matar. ni debió de ser Dios aquel que dijo: Amaos los unos á los otros. El hecho es que nadie ha detenido nunca los brazos, siempre armados, de los adoradores de la cruz.

Toda la Era llamada cristiana ha sido una cadena rara vez interrumpida de guerras, cada vez más sangrientas.

Desde aquel afeminado y conveniencero Constantino, que mató á su suegro, á su mujer, á su hijo, y que por esto, por parricida, hubiese debido, según la ley de las Doce Tablas, ser arrojado al río metido en

un saco con un perro, un gallo, una víbora y un mono; desde aquel Constantino á quien nuestros creyentes dan el sobrenombre de «El Grande»; que en medio de la batalla ó matanza de prójimos veía en el cielo, junto á los buitres, una cruz luminosa rodeada del «con este signo vencerás»; desde aquel matahombres hasta los que ahora echan mano de Dios y de cruces de hierro para reformar la acción de toda clase de máquinas quitavidas, ha crecido mucho la marea de sangre.

Se habla—ó se hablaba, porque ya nadie se atreve—, se hablaba de los horrores del paganismo. Pero, ¿qué son las inmolaciones paganas, ni los furores de los triunviros romanos, al lado de las inmolaciones católicas ó de las guerras de religión, ó de estas atroces guerras de conveniencia místico mercantil?

¿Cuándo, dónde se ha ofrecido en sacrificio más víctimas que ahora aquí al oro y al odio? ¿Cuándo han estado los hombres más armados ni más dispuestos á descuartizarse? ¿Cuándo se ha robado al trabajo y á la producción de nuestra querida tierra más dinero y más recursos para violar el mandamiento del decálogo? ¿Cuándo se han ganado más honores con los crímenes ni se ha traficado más con las industrias consagradas al matar á hierro y al morir á hierro? ¿Cuándo la guerra y la paz armada han convertido á más pedantes en sabios oficiales y á más sabios en pedantes?

¿Ni qué hicieron los peores reyes de Roma? Echar cristianos á las fieras. Mientras que ahora se echan cristianos á los cristianos. Y no diez, ni cien, ni mil, sino millones y millones. Para lo cual se les convierte antes en fieras, mucho peores que las tan decantadas del circo. No hubo jamás en tal circo ningún león ni ningún tigre que con sus pobrecitas garras martirizase á la centésima parte de cristianos que en este momento martiriza cualquier cristiano armado de una ametralladora en el inmenso circo en que se ha trocado el mundo.

Sin embargo, entre los primeros cristianos era cosa prohibida, no ya el llevar un arma, pero ni el representarla en un anillo. No querían ver ni en pintura una espada ó un arco. Es de creer que estuviesen, pues, conformes con los que en el último Congreso de las Religiones, celebrado—¡quién lo diría!—en Alemania, decían que la guerra es la negación más radical de Dios, y no con los que en esa misma Alemania y en la catolicísima Austria declaraban la guerra y decían: «Dios lo quiere, adelante con Dios, y otras parecidas blasfemias.»

El cristianismo de los pueblos cristianos á esto ha venido á parar:

no á que amen, sino á que maten mejor al prójimo que los pueblos no cristianos.

Verdad es que en esto del mejor matar pudiera el Japón decirle á Rusia que hay honradas excepciones. Pero en fin, en fin, al Japón los pueblos de larga civilización cristiana fueron los que le enseñaron lo que no sabía. Y no puede negarse que si hubiese tardado un poco más en aprenderse nuestros grandes adelantos en el matar hijos de Dios, hubiérale ocurrido ya lo que á Marruecos.

Dicho sea de paso, estos cristianos cuando no pueden convencerle á uno de la bondad de sus doctrinas, le mandan de un balazo ó de cualquier otra manera al infierno. Esto lo han hecho siempre que han podido, singularmente en el apogeo de su poder espiritual. Ahora mismo no sé que pacto tendrán en nuestro país con el demonio; pero la cosa es que no protestan contra la guerrecilla de Africa, guerrecilla cuyos móviles no tienen nada de divinos, y mediante la cual nos encargamos de enviar al infierno, por la vía más rápida, cargamentos de prójimos marroquíes, para que allí el demonio les convenza eternamente.

Faltar á la palabra, violar los Tratados, herir á traición, rendir, con maneras protocolares, culto secreto á la mala fe. Matar, matar, más matar. Cien mil, 200.000, 500.000 hombres muertos á máquina en unos días. Un millón estropeados. Dos millones intentando, mediante metódicos movimientos, formar con su carne una tenaza que se cierre de golpe sobre la carne de otros dos millones de hombres que aspiran á ser tenaza...

Cristo, ¿cómo ha de existir y ser Dios, si, sin necesidad de venir á que le maten aquí en la tierra, puede existir en las almas de los que se llaman cristianos, y no existe?

Ahora recuerdo cómo en la casa de mis padres me hacían rezar todas las noches el rosario, y cómo después de la letanía rezaban una oración «por la paz y concordia de todos los príncipes cristianos; y no sólo en el rosario, sino después, al acostarme, la rezaba de rodillas. Y recuerdo también que á mí y á mis hermanitos nos decían que las oraciones de los niños llegan antes al cielo.

¡Ay, si Dios existiera habría oído mis oraciones!

TOMAS MEABE

MÉJICO

Muchas barbaridades hacen por allá (aunque no tantas como en Europa los alemanes), pero á lo mejor

salen por registros que colocan á los mejicanos á la cabeza de los pueblos verdaderamente civilizados.

La Gaceta del Gobierno de Estado de Méjico, de fecha 14 de Octubre, publica un decreto que demuestra lo que acabo de decir. Después de varios considerandos muy razonados, dispone lo que sigue:

«Por todo lo anteriormente expuesto, se puede consentir en el Estado de Méjico, y sólo teniendo en consideración razones de orden secundario, que el culto católico sea bajo las condiciones siguientes:

Primero. Que no se pronuncien sermones ni prédicas, como hasta aquí se ha hecho, por las cuales se fomenta el fanatismo del público.

Segundo. Que no prescriban ayunos ni prácticas tendentes á castigar el cuerpo ó á deprimir la intelectualidad de los creyentes.

Tercero. Que queden absolutamente prohibidos el cobro de diezmos, derechos de bautizo, casamientos y responsos.

Cuarto. Queda absolutamente prohibida la solicitud de limosnas hechas personalmente, como hasta ahora se ha verificado, ó por medio de convocatorias al público, fijadas en las puertas de los templos.

Quinto. Que no se digan misas de las que se titulan de «Réquiem», ó sea en sufragio del alma de los difuntos.

Sexto. Que cada domingo sólo se digan dos misas, cuya hora será previamente señalada, y que, por lo mismo, para la concurrencia del público, no habrá toque de campanas.

Séptimo. Queda prohibida de una manera absoluta LA PRACTICA DE LA CONFESION, debiendo advertirse que esto será tanto dentro como fuera de los templos, y que en el caso en que se llegare á descubrir una infracción á lo dispuesto en este punto, se castigará al ministro infractor con el destierro del Estado ó del país y aun con la pena capital.

Para la mejor observación de esta condición, los templos no podrán abrirse más que cada ocho días á la hora de las misas.

Octavo. En cada localidad no residirá más que un sacerdote, que vivirá en casa particular ó donde mejor le acomode, pero menos en el templo.

Noveno. Que cuando transite por la calle, irá vestido de civil, sin ningún adinículo que le sirva de distintivo á su ministerio.

Décimo. Queda absolutamente prohibido que el mismo sacerdote consienta en ser saludado con beso de mano, como hasta ahora se practica.

Décimoprimer. Queda absolutamente prohibida la práctica de toda clase de ceremonias religiosas que no sean las misas consentidas.»

«Sé que muchos republicanos españoles de la aprovechada clase de sensatos, se escandalizarán al enterarse de ese decreto; pero confieso que á mí me encanta.

Impedir que los curas hagan lo que se les antoje, y fanaticen, dominen y exploten las multitudes, es el primer deber de todo gobernante que se preocupe sinceramente del bienestar, el reposo y la dignidad de los ciudadanos.

Emancipar al hombre del cura: he aquí el ideal de la verdadera civilización.

Dejo en completa libertad á los republicanos devotos para horrorizarse de mis palabras.

La guerra y sus pretendidos beneficios

Se dice que en el período del salvajismo la guerra se hacía sin piedad entre las tribus. Los vencedores exterminaban hasta el último hombre de los vencidos y se casaban con sus mujeres; de esta manera se efectuaba un cruce favorable. Esto sería solamente verdad con una condición: que no hubiese habido un sólo muerto entre los vencedores. Ahora bien; evidentemente, nunca se dió este caso. Ciertos encuentros son tan encarnizados, que el número de víctimas es igual por ambas partes, y, á veces, hasta es mayor entre las que quedaron dueños del campo. Así, pues, el número de hombres robustos que podían tener mujeres era siempre menor después que antes de la batalla. La guerra ha producido siempre, por consiguiente, una selección á la inversa.

Pero, además, exterminar á todoz los vencidos era imposible. Varios tenían que librarse con la fuga. Desde muy antiguo también, en vez de matar á los vencidos, se les redujo á la esclavitud. Los vencidos se casaban y procreaban hijos. La guerra, después de haber eliminado á los más bravos, dejaba subsistir á los más débiles; no realizaba, por lo tanto ninguna selección favorable.

En nuestros días los vencedores no se casan con las mujeres de los vencidos. Antes bien, los odios suscitados por las batallas impiden los matrimonios entre los beligerantes. El número de uniones entre francesas y alemanes ó entre alemanas y franceses es ciertamente inferior á lo que era antes de 1870. Así, pues, la pretendida ventaja atribuída á la guerra en la época del salvajismo desaparece por completo en el período de la civilización.

«Cuando más vigoroso, sano y normalmente constituido es un joven—dice E. Hækel—, tantas mayores probabilidades tiene de ser muerto por el fusil, el cañón y los otros

inventos de la civilización de la misma especie.»

Las Comisiones de reclutamiento son implacables. En cuanto un joven tiene el menor defecto físico (incluso una mala dentadura y una vista mediana), le rechazan. Se toma, por consiguiente, la flor de nuestra especie para las carnicerías. ¿Se ve en esto una selección favorable? Preciso es que se tengan muchos prejuicios para sostener que en nuestros días la guerra mejora las razas.

Napoleón hizo que murieran 3.700.000 hombres. ¿Quién se atreverá á afirmar que eran los peor constituidos? Todo el mundo sabe, por el contrario, que era lo mejor de Europa. Cuando la guerra del Paraguay, «la población viril desapareció casi por completo; no quedaron más que los enfermos y lisiados». ¿Podría afirmarse que esto debía mejorar la raza de los paraguayos?

Pero todavía hay otra cosa. En el hombre el ardor genésico llega á su punto culminante durante los años que pasa en el cuartel.

No se dirá, ciertamente, que el soldado en el servicio tenga la misma facilidad para procrear hijos que el ciudadano que permanece en la vida civil. Por consiguiente, en los momentos mismos en que los selectos de una generación tienen mayores deseos de asegurar su descendencia, se ven privados de hacerlo. Los rechazados tienen, en cambio, todas las facilidades para tener relaciones sexuales. Su progenitura va, por consiguiente, en aumento y las razas degeneran cada vez más, no solamente á causa de las batallas, sino también en plena paz, á causa del militarismo.

Otros factores combaten los efectos desastrosos producidos por la guerra y los atenúan mucho. Por esto no percibimos degeneración en conjunto.

Si las guerras perfeccionasen las razas, las sociedades más belicosas estarían compuestas de los hombres más perfectos. Y no es así. Precisamente los ingleses son una de las más hermosas razas de la tierra. Pues bien; son al mismo tiempo uno de los pueblos menos belicosos, puesto que son los únicos de Europa que hayan abolido el servicio militar obligatorio.

Nadie podrá negar que los ejercicios atléticos, los deportes de todo género, contribuyen á mejorar al animal humano. Dan vigor á los músculos, aligeran al cuerpo, desarrollan la resistencia y la energía; en suma, tienden á la perfección fisiológica del individuo. Pues bien: se puede observar en nuestro tiempo un extraño fenómeno. El ejercicio de los deportes atléticos está, por decirlo así, en razón inversa del militarismo. Practicados en inmensa

cajala en Inglaterra (la regata entre los estudiantes de Oxford y de Cambridge es allí un acontecimiento nacional) los deportes, lo están menos en Europa occidental y casi nada en Rusia. En efecto, cuando los ejercicios corporales se imponen á un joven por el brutal oficial instructor de nuestros ejércitos modernos, inspiran una repugnancia que los hace considerar con horror durante todo el resto de la vida.

Como se ve, la guerra no ha contribuído jamás á mejorar la especie humana desde el punto de vista fisiológico. Siempre ha tenido la tendencia contraria. Si tal mejoramiento se efectúa, no obstante, no es gracias á la guerra, sino á pesar de ella. Los principales factores del perfeccionamiento son el amor y la muerte.

Los hombres más hermosos y las mujeres más bellas tienen mayores probabilidades de excitar las pasiones sexuales; los deformes y las feas menos. De aquí una selección favorable. De otra parte, los incapaces son rechazados á las clases inferiores de la sociedad; les incumben los trabajos más penosos, los más peligrosos y los peor remunerados. Como su bienestar es menor, la mortalidad es mayor entre ellos que en lo mejor dotados. Estos dos factores operan constantemente una aleación de los seres inferiores.

J. NOVICOW

GENTE EXTRAÑA

MI TIO ATILA, EL DE LOS BARBAROS

Un cronista perturbado.—Defensa de Atila.—Los historiadores.—Aviso amistoso á Guillermo el de Alemania.

Un pobre cronista perturbado por la filosofía, residente accidental en una ciudad de Italia, decía hace pocas semanas en una de sus crónicas de una gran revista madrileña:

—Veo con asombro que á cierto periodista la guerra le aburre ya. ¿Pero habrá creído ese hombre que la guerra se ha hecho para divertirle á él?

No, ilustre pelmazo. Ese periodista á quien usted alude no tiene todavía á sueldo á los ejércitos beligerantes.

A ese periodista le aburre la guerra como le aburre á todos los seres racionales que comen pan: como le aburre á los mismos beligerantes, que matan sin saber á quién y mueren sin tener la satisfacción de saber quién es el que los despacha.

A usted, cronista agotado, no le aburre la guerra porque aburrirlo á usted sería lo mismo que perfeccionar á Dios: Como cronista aburrido é insoportable, impregnado de so-

por mortal, es usted más famoso que Carulla.

El aburrimiento en el mundo tiene una estatua, que es usted, y un alma melancólica y estúpida, que son las cuartillas que usted hace. Siga usted el camino que le lleva á la sepultura, Hamlet grotesco, y llegue usted pronto á la estación final, para bien de todos Amén.

Al enterrador. Déjele usted dicho en el testamento que, en vez de tierra, le echen á usted encima los libros y periódicos que usted ha forzado con la ganzúa mellada que usted usa en forma de estilógrafo.

Con esa ganzúa estilográfica ha dicho usted también cosas perversas. Recuerdo que un día le deseó usted la muerte á D. Eugenio Sellés, siendo él viejo y usted joven, al menos físicamente.

Pobre diablo sin generosidades ni alegrías, te amarga el espectáculo de tu agotamiento, ¿verdad? Pues hínchate de rabiarse á solas, pelmazo; no pretendas tomar á nadie como mingo de tu desesperación impotente; amanerado, insulso y sin energías, ya no conseguirás nunca nada con tu pobre pluma, que tanto y tan mal ha trabajado.

Dedicate á cómico de feria, y saca partido de tu pobre cara, larga y acaballada, falsificando al príncipe de Dinamarca.

Y ahora, hasta otro día, pelmazo

**

Mi querido amigo Millerand, ministro de la Guerra, decía cosas muy bonitas y muy justas hablando del aburrimiento mortal de esta continua batalla de las naciones.

Enrique Gómez Carrillo, ese maestro gentil de la mágica prosa castellana, poco antes de partir hacia los campos de batalla con el único puesto que en ellos ha logrado alcanzar toda la Prensa española y americana—señalado puesto, que por nadie podría ser ocupado con más prestigio ni con tanto agrado—, pocos días antes, digo, me hablaba de este aburrimiento de la guerra, y me contaba cosas magistrales, que él le contaré al público, sin duda, á su vuelta del campo de batalla.

A todos nos aburre la guerra. A todos, menos al cronista pesado.

Contribuyen á aumentar la pira de ese aburrimiento los comentaristas internacionales.

En más de uno de éstos he leído, á propósito del bombardeo de Reims y otras destrucciones brutales, invocaciones á Atila, el de los bárbaros.

Esto es una tremenda injusticia. Atila no era un bárbaro. Es un buen hombre calumniado, y sin parientes que lo hayan defendido. Pero yo, sobrino suyo en ciento treinta y nueve grados, me considero con derecho á defenderlo.

Atila no se llamaba así. Atila se llamaba Atilano. Este solo nombre es ya una garantía de buen carácter.

El Kaiser, confundido también con el falso prestigio histórico del personaje, bautizó á uno de sus hijos con ese nombre de Atila, el de los bárbaros.

Claro está que el Kaiser lo hizo para poder darse el gustazo de asustar á Atila de dos gritos en un pasillo de su casa. Pero me han dicho que Atila, el de Hohenzollern, es un buen muchacho, que no incomoda á su padre.

Es, por lo tanto, Atilano.

Ruego pues, á los historiadores que revisen la fe de nacimiento legalizada de mi ilustre antepasado, y que vuelvan las honras á su cauce.

Es muy cómodo eso de fajarse con un buen hombre que no se mete con nadie y cansarse de llamarle bárbaro, Atila, azote de Dios y otra sarta de injustas atrocidades.

Hay que pensar lo que se dice. Luego, los historiadores son los culpables de que Guillermo bautice de modo tan disparatado á un chico suyo, sólo por darse el placer de gritar, delante de gente, haciendo temblar la bóveda del cielo:

— ¡Atila, traeme acuestras el sable de cinco arrobas, que me voy á la conquista de todo el mapa! ¡Pronto, Atila; sube las escaleras á caballo!

Los que presencian la escena tiemblan, pensando:

— ¡Santo Dios! Cómo trata este hombre á Atila, el de los bárbaros...

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

Jesuita provocador

He aquí cómo describe *El Liberal* de Alicante el escándalo promovido por el jesuita Aicardo en la iglesia de San Nicolás de aquella ciudad, donde venía dando conferencias germanófilas que habíau ya producido varios alborotos en las calles.

EL CAMPO DE BATALLA

Los alrededores de San Nicolás se hallaban tomados policíacamente. En el interior del templo también agentes de Vigilancia fisonomeaban por las capillas. Los jefes de la guardia de Seguridad, de gran uniforme, daban órdenes á sus mesnadas apostadas en las calles de las cercanías ó preparadas en el Ayuntamiento. La guardia civil estuvo acuartelada desde las seis de la tarde. Y los individuos de la Cruz Roja, que á esa hora regresaron de su excursión dominical, deambulando por los alrededores de la Colegiata daban más *carácter* al espectáculo, á ese espectáculo que se montó con todo el aparato que su interesante argumento requería.

Era que en el templo del Señor iba á hablar un ministro suyo, y en estos tiempos de pecado, para dejar oír su voz un siervo de Dios, necesita de todo ese lujo de precauciones.

Y es que la voz de esos enviados del Altísimo es estridente en demasía.

SE ROMPE EL FUEGO

A las siete en punto subió á la cátedra del Espíritu Santo el propagandista germanófilo.

El local estaba lleno y olía á azufre...

El jesuita no tuvo anoche la fluidez de palabra de días anteriores y suplió con su estentórea voz y con vacuidades más grandes que las de pasadas conferencias, los arrestos bélicos que dejó para otra ocasión.

Este propagandista desde su primera conferencia tuvo especial interés en pedir al público que cuando sus doctrinas no fueran comprendidas ó necesitaran de controversia se le hicieran cuantas objeciones se juzgaran oportunas.

Anoche habló durante media hora echando mano de los más vulgares lugares comunes, de generalidades, de tópicos... Veíase en él un desconcierto extraño.

A las siete y media iniciaba en su disertación un paralelo entre la Iglesia y el Ejército, y al decir que «conforme el Ejército no toleraba que ningún soldado discutiera los actos del generalísimo, tampoco la Iglesia consentía que se discutieran los actos de su generalísimo que es el Papa...» Una voz fina, de adolescente se dejó oír diciendo:

— ¡Padre, una pequeña duda!

LUCIFER CON LENTES

Era el Enemigo, el Enemigo que subrepticamente se había enroscado en el cuerpo de un muchacho inteligente y despierto para colarse en la mansión de Dios y echar á tierra la obra «redentora» de días atrás.

Al sonar las palabras de ese *poseído* joven, el tumulto que se produjo en el templo fué inenarrable.

¿Quién era el osado, el perturbador que intentaba rebatir ó atosigar con sus dudas al sabio varón? Y voces airadas se alzaron para que se arrojara de allí al interruptor contra el que solicitaban no pocos que se empleara para convencerle de su osadía un *argumentum baculinum* definitivo.

Pero el joven aludido, *ad perpetuam rei memoriam* seguía impassible con el dedo índice de la mano derecha erguido como el milagroso San Vicente Ferrer, llamando la atención del confuso, del desconcertado predicador que veía al muchacho como *anguis frigidres latet in herba*.

«Que hable!! gritaban unos.

«A la calle!! vociferaban otros.

Y el joven seguía impassible allí agitando en alto su dedo, en actitud nada deshonesto, y clavando su viva mirada á través de los relucientes espejuelos en el púlpito.

El Espíritu Santo se moría de risa en lo alto.

Y el olor á azufre subía de punto.

Muchos espectadores huyeron más que de prisa del lugar del suceso temerosos de que aquella aventura de Luzbel el malo, acabara de modo feo. Prudencia se llama esa figura.

Otros aguantaron á pie firme el chaparrón de los gritos de tiros y de troyanos y aguardaron á ver en qué acababa el jollín.

Hubo un silencio. El P. Aicardo, un poco nervioso, preguntó al joven interruptor qué deseaba.

Y el Enemigo—nos consta que era el Enemigo y lo pudimos reconocer bien pronto, á pesar de sus lentes despistadores—dijo:

—Padre, vuestras frases me sugieren una pregunta.

—Luego, en la sacristía, tendré sumo gusto en satisfacerla.

No pudo acabar el jesuita.

— ¡Ahora, ahora!!—gritaban los más; otros repetían:— ¡A la calle!!

El Sr. Abad avizó el peligro y acercóse al joven y le invitó á subir al presbiterio para que hiciera la pregunta al predicador y que éste desvaneciera las dudas que le asaltaban y atosigaban.

Miramos entonces á lo alto esperando ver hundirse el cimborio, la cúpula toda, sobre el demoniaco que en lo más sagrado del sagrado recinto osaba dejar oír su voz de profano. Y nada pasó.

Pedimos un milagro, un milagro que confundiera al protervo, y no vino el milagro. Nuestro escepticismo se arraigó más cuando oímos formular la más herética de las preguntas que oímos jamás en pleno templo del Señor.

—Padre—dijo el Espíritu del mal;—siguiendo el ejemplo que acabáis de poner, si un generalísimo es fusilado cuando lleva sus tropas á la derrota, ¿qué hemos de hacer con el Papa, generalísimo de la Iglesia, si la lleva á un desastre tolerando determinadas propagandas?

Aquello fué como el disparo de un obús del 42.

Desde el Altar Mayor de la Colegiata, ¡aquella pregunta!...

El jesuita quedóse perplejo; reaccionó al momento, y en su magín desconcertado, buscó unas frases banales y zonzas para hablar unos minutos de... la infabilidad papal...

Dió golletazo á su discurso y acabó antes de hora entre los rumores del público, que anoche juzgó bien la labor del predicador famoso.

Una pregunta de un estudiante, de D. José Alonso, bastó para acabar con una reputación...

Que Pepito Alonso fué al que eligió Satán para profanar el templo de Dios. ¡qué de exorcismos necesitará hoy grandemente!

Anatema sit el demagogo.

LOS TUMULTOS

El público, ante el total fracaso del jesuíta, hizo dentro del templo una ruidosísima manifestación de simpatía al joven Sr. Alonso.

Y como estas cosas se enredan, como las cerezas en el cuévano, surgió pronto la idea de significar las simpatías de cuantos sienten afecto por las naciones aliadas, tan agraviadas por la oratoria belicosa del P. Aicardo.

Salieron en tumulto de la Iglesia las gentes, y un grupo—, que ya dentro del templo vitoreó á Inglaterra, Francia y Bélgica—, repitió sus vítores y aclamaciones, denostando de paso á Alemania.

Surgieron los guardias de Seguridad haciendo lucir sus sables, y hubo carreras, golpes, caídas...

La gente que paseaba por la calle Mayor, presa del mayor pánico, huyó en diversas direcciones, ocurriendo sensibles desgracias, de poca monta por fortuna.

Muchas mujeres sufrieron desmayos; varios niños fueron arrollados por la muchedumbre que huía de los sablazos de los guardias que se lanzaron á la caza de la gente sin decir ¡agua va! con el cornetín de atención.

Mientras una parte de los manifestantes fué á visitar al gobernador para protestar de la conducta de los guardias de Seguridad, otra dirigióse al Consulado de Francia á hacer constar las simpatías de cuantos no compartían los furios germanófilos del desdichado jesuíta que ha turbado el sosiego de la ciudad.

El señor consul francés, lleno de emoción, acogió con grandes muestras de afecto á quienes de modo tan ensusiasmado fueron á desagraviar á Francia.

Y... no hubo más.

Fué bastante para que el nombre de Alicante corra ahora por el mundo.

Gracias á un jesuíta y gracias á las autoridades, tan poco previsoras.

(Bien por Alicante).

Sigan su ejemplo todas las poblaciones donde vayan jesuitas y frailes á predicar barbaridades y antes de tres meses variará la faz de España.

Un individuo entra en el cuarto de una vecina, la encuentra sola, y como es más fuerte, se arroja sobre ella, la sujeta y la viola.

Al ser increpado por este acto brutal, contesta:

— Sospechaba que iba á violarla el vecino de al lado y le he tomado la delantera.

Lógica alemana.

A los clericales

Leed con atención el relato siguiente y veréis surgir ante vosotros el pasado que tanto os encanta:

«El 25 de Octubre, un batallón del 123.º regimiento de Infantería de la «landwehr» wurtemburguesa, atacaba el pueblo de Sengern, situado en el fondo del valle de Guebwiller. Estaba ocupado dicho pueblo por un destacamento de cazadores alpinos.

Bombardados por dos cañones de 77 milímetros y expuestos al fuego de cuatro ametralladoras, los alpinos se replegaron á 50 metros de distancia, abandonando momentáneamente el pueblo, en el cual entraron los wurtemburgueses, seguidos de un carro que llevaba bidones de petróleo.

Antes de atacar, los alemanes habían recogido en el valle muchas botellas vacías, que llenaron de petróleo. Las colocaron delante de las casas, por grupos de tres, de cinco y de siete, según la importancia del inmueble, y los soldados, armados de hachones de paja, lo incendiaron todo por orden del teniente que mandaba la fuerza.

El teniente se había reservado la iglesia, en la que penetró al frente de diez soldados que, obedeciendo á sus indicaciones, destruyeron el órgano, echaron abajo los confesonarios y el altar, y luego, después de reunir en el centro de la nave muchos objetos destinados al culto, los rociaron de petróleo.

Un soldado católico que se negó á ayudar á sus compañeros fué inmediatamente desarmado.

Los alpinos, que habían recibido refuerzos, ejecutaron un contraataque y volvieron á apoderarse del pueblo. Trataron de detener los progresos del incendio, pero los alemanes habían cortado el agua.

Estos hechos han sido consignados en un informe oficial, firmado por habitantes del país como testigos.»

¡Latas y botellas de petróleo aplicadas á las puertas de las casas!

¡Oh inefables recuerdos de Cuenca, Ripoll, Puigcerda etc.!

¡Oh evocación santa de aquella doña Blanca que gritaba al entrar en las poblaciones: «¡Petróleo, voluntarios, petróleo!»

¿Verdad que al leer el anterior relato habéis recordado ¡oh clericales! aquellas hazañas que os hicieron ingresar en la cofradía de los ahorcables?

Cada día viene un nuevo suceso á explicar el por qué de vuestra simpatía hacia los alemanes. Las palabras trinchera, fusilamiento, petróleo, incendio y devastación, os son comunes.

La semana de guerra

Hora fatal para España

Que España será arrastrada á la guerra, está visto por todos cuantos saben deletrear la baraja de la Lógica.

Si iría del lado del Austria-Pontificia ó de la Francia laicista, pudieron discutirlo los que creyeron que el peligro para España estaba en Europa. Pero no pudieron dudar del porvenir los que conocían el peligro de Marruecos frente al cual nos han colocado los acontecimientos de la pasada semana de guerra.

Es un hecho que Alemania ha recabado la alianza con el pueblo musulmán, representado por sus grandes poderes el Sultán de Turquía y el Kedive de Egipto. Viejo era ya el otro hecho de las gestiones llevadas á cabo en el Africa occidental para levantar contra Francia los pueblos de sus dominios.

Y es un hecho que difícilmente podrá contener la diplomacia de los aliados, que el grito de guerra santa va á generalizarse entre los pueblos mahometanos, entre los cuales contamos á nuestros vecinos de Marruecos.

Por mucho que sea el optimismo con el cual intentemos vendarnos los ojos para no ver la realidad inminente, la desdichada España va á verse muy pronto cogida en el cepo de la guerra por este lado de Marruecos, y será lanzada á las filas de los aliados. Sólo una circunstancia podría estorbar la venida veloz de este conflicto, y es la terminación súbita de la guerra europea que por ahora no puede predecirse.

Y pues vamos de cabeza á este nuevo abismo, no holgará asomar á su borde la mirada antes de precipitarnos en su vertiente.

Sin duda España, mediante el jesuitismo-austriaco-clerical, ha tratado de establecer cierta solidaridad en la guerra con Alemania.

Pero ¿á donde podía conducirnos esta tendencia, en la hora de estallar el conflicto que tenemos en puerta? Los hechos generales nos dan la respuesta.

Alemania, colmando su añeja política de atraerse la simpatía musulmana tanto en Oriente como en Occidente, ha logrado sacar al campo el pendon guerrero de Mahoma. El grito de guerra se generalizará. En ello están empeñados de consuno el

fanatismo de secta, la política austro-germana y el rencor excitado por Europa en los pueblos musulmanes avasallados.

Estos tres grandes factores, van á conseguir el mismo fin: generalizar la guerra santa. El Islam repercutirá necesariamente á este grito del Profeta, de la Tradición, del fanatismo, de la venganza y de la política.

Cierto es que los doscientos treinta millones de islamitas repartidos por el mundo, han andado divididos entre sí por sectas rivales y merced á eso pudieron ser sometidos á tributación de los Estados europeos que se los repartieron.

Contra este fenómeno de disolución secular, está el anhelo de refundición y reconstitución del gran pueblo islamita manifestado en el Congreso de santones celebrado años atrás en Ginebra para unificar el sentimiento religioso de las varias sectas. Está, además la preponderancia mística de sectas determinadas, de vigorosa organización y de fácil movilidad, cual es por ejemplo la de los *sinusis* (1) cuya unidad potente le hace asequible á la combinación política. Está el talento organizador de Alemania, cuya acción secreta cosmopolita descubre diariamente nuevas maravillas del arte conspirador. Está, por último, el jesuitismo, que ha sentado plaza en las filas del ejército germano.

La habilidad persuasiva de estos agentes cosmopolitas, los más poderosos de la Europa actual, unidos al resentimiento general que actúa en el espíritu islamita por los vejámenes recibidos de los dominadores; unidos á la fuerza de la sangre y al impulso atávico, todos esos elementos juntos, dan á prever la posibilidad de una rápida inteligencia y de una movilización no menos rápida de las energías guerreras de los pueblos musulmicos, tanto menos embarazosa cuanto más distraídos se hallan con sus guerras del Norte, las naciones que juzgan opresoras.

Cabe á los hechos apuntados, hay otros fáciles de observar.

La guerra santa musulmico-germana, facilita á la Alemania el que Rusia haya de ocupar gran parte de sus tropas en luchar contra Turquía y Persia, restándolas á la «avalancha» de invasión de Alemania y de Austria; el que Inglaterra haya de acudir á la defensa de sus Indias; el que Francia se vea cogida entre dos juegos, en sus fronteras ambos continentes.

Es, pues, un juego en el cual Alemania nada puede perder y ha de ganar por necesidad.

(1) Vienen á ser los Jesuitas mahometanos. De ellos hizo un primoroso estudio el señor Abargues de Sostén.

Austria y Alemania presentan atadas de brazos las naciones de Europa frente al Islam. Sobradas como están de recursos é instrumentos bélicos, después de atar á las naciones podrán armar con facilidad á las tribus belicosas.

Poderosas estas, por este auxilio; debilitado el enemigo por aquella distracción, ciertamente puede decirse que esta es la hora del Islam, y que el Kaiser ha venido á realizar la profecía de ser el nuevo Mesías libertador del pueblo mahometano. O ahora ó nunca.

Colocados ante tal situación, ¿qué harán los moros fronterizos de España?

¡Infantil problema es este! Al primer sintoma de generalización de la guerra santa, esas tribus se levantarán contra España é irrumpirán en nuestros territorios.

A ello les obliga su *unidad religiosa* profanada por el catolicismo español, su amor feroz á la independencia nacional, el resentimiento que con nuestras *penetraciones* policíacas y frailunas hemos despertado en ellas; y por fin, á ello les azuzará el jesuitismo agermanado.

Inútil fuera tratar de contener esta corriente torrencial con la red de nuestra *neutralidad* en la guerra. España está unida con Francia en el mismo odio. Y Alemania que, cuando no tenía otra cosa que hacer pudo contener á Francia y España en sus avances sobre Marruecos, ahora, agobiada por el ahogo en que se halla, no podrá contener la acción de los moros contra España.

Tal es de nefasta para España la semana última de guerra. Es el lejano trueno de una tromba que apresuradamente se forma, que velozmente va á levantarse en el horizonte y que descargará á plazo fijo sus fraguas de siniestros destructores rayos.

Alá resucita. Mahoma cabalga en la luna. La excursión de Muley Hafid por la Península puede ser un augurio fatídico.

MAS FRAILES

Más, muchos más; que no se vean sino hábitos frailunos, cogullas y rosarios: ni togas, ni roses, ni sombreros, ni gorras (de esto hay mucho que hablar) sino capuchas; ni academias, ni congresos, ni teatros, ni escuelas, sino conventos; ni plumas, ni escoplos, ni pinceles, ni buriles, sino rosarios. ¿Libros? Místicos. ¿Trabajo? Al servicio del fraile: ¿Instrucción? Dogmática. Esto es; que vengan más frailes, pero frailes que manden como reyes absolutos; frai-

lesque puedan ser verdaderos dueños de cuanto la tierra cría y el hombre trabaja; todo para ellos, el tocino, la vaca, los garbanzos, el trigo y hasta la cebada... para sus cabalgaduras, y el salvado para sus gallinas y sus conejos: todo, todo para los pobrecitos frailes.

¡Sí; España está perdida, corrompida, prostituida y es necesario un elemento salvador que la purifique. ¿Cuál es este elemento? El fraile.

Hoy todo es antisocial, demoleedor, revolucionario; se necesita una clase que normalice la marcha del siglo. ¿Qué clase es esta? La clase de fraile.

Hoy no se reza, hoy se hace más caso de un cómico que de un religioso; la Santa Virgen es olvidada, desatendida, mientras á cualquiera mujercilla se la atiende y se la mira y la regala: los curas se van quedando flacos (!!!!) y los impíos se van poniendo gordos, y esto exalta, esto indigna, esto desespera...

Es necesario que España se llene de conventos, de iglesias, de santuarios, de ermitas, de frailes, de frailes, de frailes; que brille la Inquisición en todo su *esplendor*; que en cada calle haya un horca, en cada plaza un quemadero, en cada roca un castillo; que el Papa sea un Dios el fraile un vice Dios y el monaguillo un subvice-Dios; que España, cuando menos España, sea un gran convento, y nosotros reses, y que nos esquilen, que nos trasquilen, que nos desuelen nuestros pastores espirituales.

¡Ah! si ustedes conocieran á los frailes de antaño, aquellos de que hablaba Gregorio VII, aquellos frailes barbudos como un Jaime, que no se lavaban nunca, ni se peinaban, ni se arreglaban (esto, algunas veces, sí), aquellos frailes espirituales que (no por desidia, no), andaban con cada greña más larga que cola de rucío; que vivían como en pocilgas, santamente; si ustedes los conocieron, de seguro que dirían: ¡más, más frailes!

Y hay para decirlo, porque si ellos vinieran en abundancia como las sardinas, nos civilizáramos muchísimo; haríamos campanas de las locomotoras; máquinas para destruir á los herejes, de las perniciosas máquinas de imprimir; de los libros, hogueras para calentarnos y abrasar impíos; cerráramos las Cortes, cortaríamos el telégrafo y encarceláramos á los filósofos y á los científicos; ahorcaríamos á los republicanos, y viviríamos santamente en paz y en gracia de Dios y de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, amén, sin tener que hacer más que orar y pedir al Señor de cielo y tierra que nos enviase cada vez más frailes, más frailes.

UU SOPISTA